

A watercolor illustration depicting two women in a spiritual or ethereal landscape. The woman in the foreground, wearing a greyish-blue robe, is looking upwards with a concerned or pleading expression. Behind her, another woman in an orange robe is also looking upwards, her hands resting on the first woman's shoulders. The background is composed of soft, flowing watercolor washes in shades of orange, red, and yellow, suggesting a divine light or fire. The overall mood is one of spiritual journey or intercession.

Sor Emmanuel Maillard

El maravilloso secreto
de las **almas** del
Purgatorio

Datos del libro

Traductor: Petrolillo, Paolo

Autor: Maillard, Emmanuel

©2010, Associació Hijos de Medjudgorje

ISBN: 9788461428380

Generado con: QualityEbook v0.72

EL MARAVILLOSO SECRETO DE LAS ALMAS DEL PURGATORIO

SOR EMMANUEL Maillard

El cómo y el porqué de estas páginas

Hace unos años tuve ocasión de leer, con gran interés, un libro sobre las almas del Purgatorio. Me quedé muy impresionada, ya que contenía varios testimonios y además explicaba muy bien la doctrina de la Iglesia sobre este tema. Se trataba de un libro de María Simma, una mística austriaca.

Rápidamente escribí al editor, que me contestó que María Simma estaba todavía viva.

Así que me puse en contacto con ella y aceptó verse conmigo y contestar a mis numerosas preguntas.

Me alegré mucho, ya que cada vez que en la iglesia o en alguna conferencia había tenido ocasión de hablar de las almas del Purgatorio, había observado un claro e inimaginable interés por parte de los oyentes. Siempre me pedían que siguiera hablando del asunto. Si insinuaba concluir la charla, me insistían para que siguiera contándoles cosas sobre estas almas.

También hay que decir que se trata de temas de los que apenas se habla en las parroquias o en la catequesis dominical; en la práctica, casi nunca se habla de esto, aunque exista un gran vacío y una gran ignorancia acerca del tema e incluso cierta angustia frente a las realidades ultraterrenas.

El presente libro tiene como fin no solo ayudarnos a vencer dicha angustia, sino también ayudarnos a comprender y a aclarar que, en realidad, el proyecto de Dios sobre nosotros y sobre el más allá que nos espera es realmente un proyecto magnífico y especialmente entusiasmador. Mientras estemos en la Tierra tenemos en nuestras manos un poder inmenso: el poder de donar la felicidad a las almas de nuestros difuntos y también el de lograr la paz para nosotros.

María Simma vivía sola en su casita de Sonntag, un agradable pueblecito de montaña situado en la región de Voralberg, en Austria.

Pero, ¿quién era María Simma? Nació el 5 de febrero de 1915 en Sonntag, en un extremo del valle de Grosswalsertal, en Austria. Debido a la pobreza de su familia, los hermanos se tuvieron que poner a trabajar desde muy jóvenes: los chicos como obreros y las chicas como sirvientas. María se reveló pía desde que era niña. Quería ser monja, pero tres veces la devolvieron a casa desde el convento, a causa de su débil constitución. Desde la muerte de su padre, en 1947, se quedó viviendo sola en la casa paterna. Para mantenerse, realizaba trabajos de jardinería. Sus tres estancias en el convento la habían formado, preparándola para su apostolado en favor de las almas del Purgatorio. Hizo voto de virginidad a la Madre de

Dios y también se ofreció a Dios, haciéndole voto de «alma víctima» de amor y expiación.

Era una ferviente católica, muy humilde y extremadamente sencilla. En su tarea de apostolado había sido animada por el rector de su parroquia. No obstante el aspecto extraordinario de su carisma, vivía en una gran pobreza, hasta el punto de que en el cuchitril donde me recibió apenas había espacio para girar la silla.

¿Carisma extraordinario? Sí, pero en realidad tiene sus orígenes en la historia de la Iglesia: efectivamente, fueron muchos los santos (canonizados o no) que lo ejercieron. Por ejemplo, podemos recordar a Santa Gertrudis, Santa Catalina de Génova —que escribió mucho sobre este asunto—, María Ana de Jesús, Santa Margarita María de Alacoque —que tuvo la visión del Sagrado Corazón—, el Santo Cura de Ars, San Juan Bosco, la Beata Maryam de Belén, Natuzza Evolo de Paravati, Don José Tomaselli y otros muchos. Analizando los testimonios de estos santos podremos comprobar que dicen todos, absolutamente todos, las mismas cosas. Por su parte, María Simma no hace más que revivir esos estupendos testimonios.

Por eso no dudé en entrevistarla, al estar disponible. Como podréis imaginar, la «sumergí» en preguntas. Me «aproveché» de ella (utilizando un intérprete).

Para no hacer este capítulo demasiado pesado, en parte resumiré yo misma las respuestas de María Simma y en parte transcribiré sus palabras, traducidas.

De vez en cuando también apostillaré con mis comentarios personales.

La Biblia nos habla....

«Todos bendijeron el proceder del Señor, el justo Juez, que pone de manifiesto las cosas ocultas, e hicieron rogativas pidiendo que el pecado cometido quedara completamente borrado. El noble Judas exhortó a la multitud a que se abstuviera del pecado, ya que había visto con sus propios ojos lo sucedido a causa de su pecado a los caídos en el combate. Y después de haber recolectado entre sus hombres unos dos mil dracmas, los envió a Jerusalén para que se ofreciera un sacrificio por el pecado. El realizó este hermoso y noble gesto con el pensamiento puesto en la resurrección, porque si no hubiera esperado que los caídos en la batalla fueran a resucitar, habría sido inútil y superfluo orar por los difuntos. Además, él tenía presente la magnífica recompensa que está reservada a quienes mueren piadosamente, y este es un pensamiento santo y piadoso. Por eso mandó ofrecer el sacrificio de expiación por los muertos, para que fueran librados de sus pecados»

(2 Macabeos 12, 41-45).

ENTREVISTA A MARÍA SIMMA

La primera vez

Sor Emmanuel: María, ¿nos puede contar cómo fue para usted la primera vez que un alma del Purgatorio la visitó?

María Simma: Fue en el año 1940, por la noche, sobre las tres o cuatro de la madrugada. Oí a alguien ir y venir por mi habitación. Esto me despertó y miré quién había podido entrar en mi cuarto.

Sor E. ¿Tuvo usted miedo?

M.S. No, yo nunca he sido miedosa. Incluso cuando era pequeña mi madre me decía que era una niña especial porque no tenía miedo de nada.

Sor E. Y esa noche... ¡cuéntenos!

M.S. Vi que era un desconocido. El iba y venía lentamente. En tono severo, le dije: «¿Cómo has entrado aquí? ¿Has perdido algo?». Pero él continuaba dando sus pasos por la habitación como si no hubiera oído nada. Le pregunté una vez más: «¿Qué haces?». Pero como él seguía sin responder, me levanté de golpe y lo quise empujar, pero mi empujón solo dio en el aire, donde ya no había nada... Entonces me metí otra vez en la cama; pero de nuevo empecé a oír el ir y venir. Me pregunté cómo podía ser que viese a ese hombre y no pudiese empujarlo. Me levanté de nuevo para empujarlo otra vez y lograr que parara de caminar. De nuevo di en el vacío. En aquel momento me sentí perpleja. Me volví a acostar. El no volvió, pero yo ya no pude conciliar el sueño. Al día siguiente, después de misa, fui a ver a mi director espiritual y le conté todo lo que había sucedido. El me dijo: «Si te vuelve a pasar, no le preguntes “¿Quién eres?”, sino “¿Qué quieres de mí?”». A la noche siguiente, el hombre volvió. Era el mismo, y yo le pregunté: «¿Qué quieres de mí?». Me contestó: «Haz celebrar tres misas por mí y seré liberado». Entonces comprendí que se trataba de un alma del Purgatorio. Mi padre espiritual me lo confirmó y me aconsejó también que no rechazara jamás a las almas del Purgatorio y que aceptara sus peticiones con generosidad.

Sor E. Y desde entonces, ¿esas visitas han continuado?

M.S. Sí, durante algunos años vinieron solo tres o cuatro almas, sobre todo durante el mes de Noviembre. Después empezaron a venir muchas más.

Sor E. ¿Y qué le piden esas almas?

M.S. La mayoría de las veces me piden decir misas y asistir a esas misas. También me piden rezar el Rosario y el Vía Crucis.

Una llama de amor

Llegados a este punto, se nos plantea una pregunta que es fundamental: el Purgatorio, ¿qué es exactamente?

Es una invención genial por parte de Dios. Tomemos una imagen: un día una puerta se abre y aparece un ser extraordinariamente bello, de una belleza nunca vista sobre la Tierra. Nos sentimos fascinados, trastornados por este SER de luz y de belleza, tanto más porque este SER demuestra estar locamente enamorado de nosotros. Nunca nos hubiéramos imaginado poder ser amados de aquella manera. También adivinamos que tiene un gran deseo de atraernos hacia El, de abrazarnos, y el fuego del amor que ya arde en nuestros corazones nos empuja a precipitarnos en sus brazos. Pero en ese momento, nos damos cuenta de que no nos hemos lavado desde hace meses, que olemos tremendamente mal, que en la nariz tenemos mocos, que tenemos los cabellos grasos pegados, grandes manchas en nuestra ropa, etc. Entonces comprendemos que no podemos presentarnos en ese estado, que necesitamos primero lavarnos, tomar una buena ducha y después volver deprisa para verlo.

Al mismo tiempo, ¡el amor que hay en nuestros corazones es tan intenso que el retraso debido a la ducha es insoportable! El dolor de la ausencia, aunque dure pocos minutos, causa un ardor atroz en el corazón, ya que ese dolor es proporcional a la intensidad de la revelación del amor. Es una llama de amor. ¡El Purgatorio es esto! Es un retraso impuesto debido a nuestras impurezas, un retraso antes del abrazo de Dios, una llama de amor que nos hace sufrir terriblemente, una nostalgia de amor. Es precisamente esta nostalgia la que nos lava de aquello que todavía es impuro en nosotros. El Purgatorio es un lugar de deseo, de un deseo ardiente de Dios, de ese Dios que ya conocemos porque lo hemos visto, pero al cual todavía no hemos podido unirnos.

Las almas del Purgatorio hablan a menudo con María del gran deseo que tienen de Dios y de lo profundamente doloroso que ese deseo es para ellas: se trata de una verdadera agonía.

El Purgatorio es una gran crisis de la falta de Dios.

Sor E. María, ¿las almas del Purgatorio sienten, a pesar de todo, felicidad y esperanza en medio de sus sufrimientos?

M.S. Sí. Ningún alma querría volver del Purgatorio a la Tierra, ya que tienen un conocimiento de Dios infinitamente superior al nuestro y no podrían volver a las tinieblas de este mundo.

Esta es la diferencia que hay entre el Purgatorio y el sufrimiento que nosotros conocemos en la Tierra. En el Purgatorio, aunque el dolor es atroz, las almas tienen la certeza de poder vivir para siempre con Dios, una certeza absoluta que hace que la felicidad sea más grande que la pena. Por nada del mundo esas almas quisieran volver a vivir sobre la Tierra donde, a fin de cuentas, nunca se tiene seguridad de nada.

Sor E. ¿Nos puede decir si es Dios quien envía un alma al Purgatorio o si es el alma misma quien decide ir? M.S. Es el alma misma quien quiere ir al Purgatorio para purificarse antes de ir al Cielo.

En el Purgatorio, el alma acoge plenamente la voluntad de Dios. Por ejemplo, el alma se alegra

del bien y desea nuestro bien. Ama mucho a Dios y también a los hombres de la Tierra. Está perfectamente unida a la luz de Dios, en el Espíritu Santo.

Sor E. En el momento de la muerte, ¿se ve a Dios a plena luz o de manera confusa?

M.S. De una manera todavía confusa, pero ya en una claridad tal que es suficiente para provocar la nostalgia posterior.

Es una luz deslumbrante frente a las tinieblas de la Tierra, pero incomparable con la plena luz que el alma conocerá en el Cielo. Podemos averiguar más al respecto en las experiencias descritas en La vida después de la vida} El alma queda tan fascinada por ese resplandor que volver a su cuerpo en la Tierra sería para ella una verdadera agonía.

La caridad cubre multitud de pecados

Sor E. ¿Nos puede decir cuál es el papel de la Santísima Virgen respecto a las almas del Purgatorio?

M.S. La Virgen va a menudo a consolarlas diciéndoles que han hecho muchas cosas buenas. Les da fuerzas.

Sor E. ¿Hay algunos días en especial en los que Ella las libera?

M.S. Sí, sobre todo el día de Navidad, el de Todos los Santos, el Viernes Santo, el día de la Ascensión y el de la Asunción.

Sor E. ¿Cuáles son los pecados que más nos arrastran al Purgatorio?

M.S. Son los pecados contra la caridad, contra el amor al prójimo, la dureza de corazón, la hostilidad, la calumnia... Se dice que la murmuración y la calumnia están entre las peores manchas y necesitan un largo tiempo de purificación.

María nos ofrece al respecto un ejemplo que le impactó mucho.

Es el testimonio de un hombre y de una mujer sobre quienes unas personas le habían pedido información para saber si estaban en el Purgatorio.

Con gran asombro de estas personas, la mujer ya estaba en el Cielo y el hombre en el Purgatorio. Ahora bien, la mujer había muerto tras practicarse un aborto, mientras que el hombre iba con frecuencia a la iglesia y llevaba una vida muy digna y piadosa.

Entonces María se informó nuevamente, pensando que podía haberse equivocado. Pero no, era tal cual. En realidad, los dos murieron casi contemporáneamente, pero la mujer se había arrepentido sinceramente de lo que había hecho, y había sido muy humilde; en cambio, el hombre siempre juzgaba a todo el mundo, siempre se lamentaba y murmuraba. Por eso su Purgatorio era muy largo. Y María concluye: «Nunca se debe juzgar según las apariencias». Contra la caridad hay otros pecados, como pueden ser: el repudio que sentimos hacia algunas personas que no amamos, nuestro rechazo por hacer las paces, por perdonar, y todos los rencores que encerramos en el corazón.

Al respecto, María nos revela un testimonio muy sorprendente: una mujer, que ella conocía muy bien, murió. Esta mujer se encontraba en el Purgatorio, padeciendo sufrimientos atroces.

Cuando esa alma visitó a María, le contó el porqué: ella tenía una amiga, contra la cual surgió una enemistad muy grande; y esa enemistad había sido causada por ella. Había conservado su rencor por años y años, a pesar de que esa amiga le había pedido en varias ocasiones que se reconciliaran e hicieran las paces. Ella la había rechazado en cada ocasión, incluso en su lecho de muerte.

Este testimonio sobre la gravedad de guardar el rencor es muy significativo. Por lo que se refiere a las palabras, nunca se dirá bastante acerca de cómo una palabra de mala crítica, una palabra malévola puede realmente matar; y, por otro lado, cómo una buena palabra puede curar.

Sor E. ¿Puede decirnos quiénes son los que tienen mayores posibilidades de ir directamente al Cielo?

M.S. Son aquellos que tienen un buen corazón con todo el mundo: «la caridad cubre una multitud de pecados» (San Pablo).

Sor E. ¿Cuáles son los medios que podemos emplear sobre la Tierra para evitar el Purgatorio e ir directos al Cielo?

M.S. Debemos hacer mucho por las almas del Purgatorio, porque son ellas quienes, a su vez, nos ayudan. Hay que tener mucha humildad, ya que es el arma más grande contra el maligno. La humildad elimina el mal.

He aquí un testimonio del padre Berlioux (que ha escrito un hermoso libro sobre el Purgatorio) con relación a la ayuda ofrecida por estas almas a aquellos que las alivian con oraciones y sufragios:

«Se cuenta que una persona muy amiga de las almas del Purgatorio había consagrado toda su vida a sufragar por ellas. Habiendo llegado la hora de su muerte, fue asaltada con furor por el demonio, que la veía a punto de escapar. Parecía que el abismo entero, confederado contra ella, la rodease con sus legiones infernales.»

La moribunda luchaba desde hacía tiempo entre los esfuerzos más penosos, cuando de pronto vio entrar en su casa una multitud de personajes desconocidos, pero resplandecientes de belleza, que pusieron en fuga al demonio y, acercándose a su lecho, le dirigieron palabras de aliento y de consolación totalmente celestiales. Emitiendo entonces un profundo suspiro, y llena de alegría, gritó: “¿Quiénes sois? ¿Quiénes sois, por favor, vosotros que me hacéis tanto bien?”.

«Aquellos buenos visitantes respondieron: “Nosotros somos habitantes del Cielo, que gracias a tu ayuda nos has encaminado a la felicidad, y, como reconocimiento, venimos a ayudarte para que cruces el umbral de la eternidad, y a sacarte de este lugar de angustia, y a introducirte en las alegrías de la Ciudad Santa”.

«Con estas palabras una sonrisa iluminó el rostro de la moribunda. Sus ojos se cerraron y ella se durmió en la paz del Señor. Su alma, pura como una paloma, presentándose ante el Señor de los Señores, encontró tantos protectores y abogados como las almas que ella había liberado; y reconocida digna de la Gloria, entró triunfalmente, en medio de los aplausos y las bendiciones de quienes había liberado del Purgatorio. ¡Ojalá que también nosotros, un día, podamos tener la misma suerte!».

Las almas liberadas por nuestra plegaria son sumamente agradecidas y nos ayudan notablemente en nuestra vida. Os aconsejo, pues, que probéis la experiencia; las almas nos asisten,

conocen nuestras necesidades y nos obtienen muchas gracias.

Otro hermoso ejemplo, que nos cuenta María Simma, demuestra cómo la caridad cubre una multitud de pecados:

«Conocía a un joven de unos veinte años que vivía en un pueblo vecino al mío. El pueblo había sido duramente golpeado y destruido por una serie de aludes que mataron a un gran número de habitantes. Corría el año 1954.

»Una noche, mientras ese joven se hallaba en casa de sus padres, escuchó un terrible alud cerca de su casa, y oyó unos gritos desgarradores: “¡Ayuda! ¡Socorro! ¡Se acerca un alud!”.

»De inmediato el joven se levantó de la cama y se precipitó a socorrer a aquellas personas. Pero su madre, que había oído los gritos, le impidió pasar diciendo: “¡Que vayan otros a socorrerlos, no tenemos que ser siempre nosotros! Es demasiado peligroso y no quiero que haya un muerto más”. Pero él, impactado por esos gritos, quería verdaderamente socorrer a esa gente. Empujó a su madre y dijo: “¡Yo voy! ¡No quiero dejarlos morir así!”. Salió y, en el recorrido, fue embestido por el alud y murió.

»Dos días después de su muerte, me visitó de noche y me dijo: “Haz celebrar tres misas por mí, así seré liberado del Purgatorio”. Yo fui a dar cuenta a su familia y a sus amigos. Ellos quedaron muy sorprendidos al oír que, con tan solo tres misas, se libraría del Purgatorio, dado que había cometido muchas fechorías.

»Ese joven me dijo: “He realizado un acto de amor puro poniendo en riesgo mi vida por aquellas personas, y gracias a esto el Señor me ha acogido rápidamente en el Cielo. Es cierto, la caridad cubre una multitud de pecados”».

Sí, la caridad, un solo acto de amor desinteresado, cubre multitud de pecados: ese joven había llevado una vida de fechorías, puede que nunca hubiese tenido otra ocasión en su vida de realizar un acto de amor tan fuerte y quizás se hubiera convertido en un hombre malvado. El Señor, en su misericordia, lo llamó justo en el momento más puro gracias a ese acto de amor.

He aquí otro episodio que demuestra cómo el Señor aprecia y valora también un simple acto de bondad:

«Un día, el alma de una mujer se presentó con un cubo en la mano.

“¿Qué haces con este cubo?”, le pregunté. “Es la llave de mi Paraíso”, respondió radiante. “No recé mucho durante mi vida; raramente iba a la iglesia, pero una vez, antes de Navidad, limpié gratuitamente toda la casa de una pobre anciana. Esto fue mi salvación”».

Esta es la prueba de que todo depende de la caridad.

Sor E. ¿Qué hizo el buen ladrón para que Jesús le prometiera que en ese mismo día estaría con El en el Reino de los Cielos?

M.S. Aceptó humildemente sus sufrimientos diciendo que era justo, y alentaba al otro ladrón a que también lo hiciera. El sentía el temor de Dios, es decir, era humilde.

Es también importante, cuando se prevé la muerte, abandonarse completamente a la voluntad del Señor.

María me narró el caso muy bonito de una madre de cuatro hijos que estaba a punto de morir. En vez de rebelarse, dijo al Señor: «Acepto la muerte, ya que Tú lo quieres así; y pongo mi vida en

tus manos. Te confío mis hijos y sé que Tú te encargarás de ellos». Gracias a esta inmensa confianza en Dios, esa mujer fue directamente al Cielo sin pasar por el Purgatorio.

El amor, la humildad y el abandono a Dios son ciertamente tres llaves de oro que nos hacen entrar directamente en el Cielo.

¡Ofrecedles una misa!

Sor E. María, ¿podría decirnos cuáles son los medios más eficaces para liberar a las almas del Purgatorio? M.S. El medio más eficaz es la misa; porque es Cristo quien se ofrece por amor a nosotros. Es la ofrenda del mismo Cristo a Dios, la más bella de las ofrendas. El sacerdote es el representante de Dios, pero es el mismo Dios quien se ofrece y se sacrifica por nosotros. La eficacia de la misa por los difuntos es tanto mayor cuanto más grande ha sido la estima que ellos tuvieron por la misa cuando estaban todavía en vida. Si en esas misas han orado con todo el corazón y si han asistido también durante la semana, según el tiempo disponible, sacan gran provecho de las misas celebradas en sufragio de ellas. También en esto se recogerá lo que se ha sembrado.

Las almas del Purgatorio ven claramente el día de sus funerales: si se reza verdaderamente por ellas o si, simplemente, se hace acto de presencia. Ellas dicen que las lágrimas no sirven para nada, ya que solamente la oración puede ayudarlas. Con frecuencia esas almas lamentan el hecho de que las personas sí asisten a su sepultura, pero no elevan una sola plegaria a Dios por ellas.

Con relación a la misa, quisiera citarles un hermoso ejemplo narrado por el santo Cura de Ars a sus parroquianos: «Hijos míos, un buen sacerdote había tenido la desgracia de perder un amigo muy querido. Por eso rezó mucho por la paz de su alma.

»Un día Dios le hizo saber que su amigo estaba en el Purgatorio y sufría terriblemente. Este santo sacerdote pensó que no podía hacer algo mejor que ofrecer el santo sacrificio de la misa por su querido difunto. En el momento de la consagración, tomó la Hostia entre sus manos y dijo: “Padre santo y eterno, hagamos un cambio; en tus manos divinas está el alma de mi amigo en el Purgatorio, y en mis manos está el cuerpo de tu Hijo Jesús. Pues bien, Padre bueno y misericordioso, libera a mi amigo y yo te ofrezco a tu Hijo junto con todos los méritos de su gloriosa pasión y muerte”».

Esta petición fue otorgada. De hecho, en el momento de la elevación, él vio el alma de su amigo, resplandeciente de gloria, que subía al Cielo: Dios había aceptado el cambio.

«Por eso, hijos míos», concluyó el santo Cura de Ars, «cuando queramos liberar del Purgatorio el alma de un ser querido, hagamos lo mismo. Ofrezcamos al Padre, por medio del santo sacrificio, a su Hijo amado, junto con todos los méritos de su pasión y muerte; así no podrá rechazarnos nada».

No desperdiciéis vuestros sufrimientos aquí en la Tierra...

Otro medio muy eficaz para ayudar a las almas del Purgatorio es el ofrecimiento voluntario de nuestros sufrimientos, como por ejemplo la penitencia, el ayuno, las privaciones y, naturalmente, también los sufrimientos involuntarios, como las enfermedades, los lutos, etc.

Sor E. María, a usted le han pedido muchas veces sufrir por las almas del Purgatorio para liberarlas. ¿Puede decirnos qué ha vivido y probado en esos momentos?

M.S. La primera vez un alma me preguntó si quería sufrir tres horas, en mi cuerpo, por ella; y añadió que luego yo podría retomar mi trabajo. Yo pensé que si era solo durante tres horas, podía aceptar. Esas tres horas me parecieron tres días, tan terribles eran los dolores. Pero, al final, miré el reloj y vi que efectivamente habían pasado únicamente tres horas. El alma luego me dijo que ¡al haber aceptado sufrir con amor esas tres horas, le había ahorrado veinte años de Purgatorio!

Sor E. María, ¿por qué tres horas de sufrimiento en la Tierra por veinte años de sufrimiento en el Purgatorio? ¿Qué tenían de más sus sufrimientos?

M.S. Los sufrimientos en la Tierra tienen otro valor. Cuando se sufre en la Tierra se puede crecer en el amor, se pueden ganar méritos, lo que no sucede con los sufrimientos del Purgatorio, ya que allí solo sirven para purificarnos del pecado. En la Tierra tenemos todas las gracias, tenemos la libertad de escoger.

Esto puede dar un sentido extraordinario a nuestros sufrimientos. Los sufrimientos ofrecidos y aceptados con paciencia y humildad, al igual que los más pequeños sacrificios que podemos hacer, pueden tener una fuerza inaudita para ayudar a las almas. Lo mejor es unir nuestros sufrimientos a los de Jesús y confiarlos a la Virgen María, ya que Ella sabrá cómo mejor utilizarlos, pues a menudo nosotros no sabemos las necesidades urgentes que hay a nuestro alrededor. Todo esto María nos lo devolverá a la hora de la muerte, y estos sufrimientos ofrecidos serán nuestros tesoros más preciados en el otro mundo.

Sor E. Pero a menudo la aparición del sufrimiento en nuestras vidas nos indigna, nos es difícil aceptarlo y vivirlo bien. Entonces, ¿cómo vivir el sufrimiento para que pueda dar frutos?

M.S. Los sufrimientos son la prueba más grande del amor de Dios y, si se ofrecen bien, pueden ganar muchas almas.

Sor E. Pero, ¿qué hacer para recibir los sufrimientos como un regalo y no como un castigo, tal como se hace demasiado a menudo?

M.S. Hay que ofrecerlo todo a la Virgen Santa, pues Ella sabe mejor que nadie quién necesita esta o aquella ofrenda de sufrimientos para ser salvado.

Quisiera referir aquí un testimonio sorprendente que María me ha contado a propósito del sufrimiento. Ocurrió en 1954. Una serie de avalanchas muy desastrosas se abatieron sobre un pueblo cercano al de María, causando gravísimos daños. Más tarde se supo que otros aludes se habían precipitado en dirección al mismo pueblo de María. Pero en esta ocasión sucedió que los aludes se detuvieron ante el pueblo de un modo ciertamente milagroso, sin causar ningún daño. Las almas dijeron a María que en su pueblo había vivido y muerto una mujer que, durante treinta años, estuvo enferma y había sido cuidada muy mal; había sufrido terriblemente durante todos esos años, ofreciendo todos sus dolores por el bien del pueblo. Las almas revelaron a María que, gracias al ofrecimiento de aquella mujer, el pueblo se había salvado. Ella había ofrecido sus

sufrimientos durante treinta años, y los había soportado con paciencia. María nos dice que, si aquella mujer hubiese gozado de buena salud, no hubiese podido proteger a su pueblo. Con el sufrimiento, pacientemente soportado, se pueden salvar más almas que con las oraciones (¡y las oraciones ayudan a soportar el sufrimiento!).

No tenemos que ver siempre el sufrimiento como un castigo. Puede ser aceptado como expiación, no solo por nosotros mismos, sino sobre todo por los demás. Jesucristo era inocente, y fue El quien sufrió más que todos para expiar por nuestros pecados. Tan solo en el Cielo sabremos totalmente lo que hemos obtenido por medio del sufrimiento soportado pacientemente, en unión con los sufrimientos de Cristo.

Sor E. María, ¿hay una cierta rebeldía por parte de las almas del Purgatorio a causa de sus sufrimientos?

M.S. No, ellas quieren purificarse y comprenden que esto es necesario.

...¡Y no contemos nuestras oraciones!

María nos dice que otro modo muy eficaz es el Via Crucis, ya que contemplando el sufrimiento de Jesús empezamos poco a poco a odiar nuestros pecados y a desear la salud de todos los hombres. Esta inclinación del corazón aporta un gran alivio a las almas del Purgatorio y suscita el arrepentimiento de nuestros pecados.

Otro medio muy recomendado por las almas del Purgatorio es el Rosario. Con el rezo del Rosario, muchas son las almas que cada año salen liberadas del Purgatorio, y es la misma Madre de Dios quien va al Purgatorio para liberarlas. Estas almas llaman a la Virgen María «Madre de Misericordia».

Las almas le dicen a María que las indulgencias tienen un valor inestimable para su liberación. Para nosotros sería verdaderamente una crueldad no aprovechar esos tesoros que la Iglesia nos propone para aliviar las almas. Sería demasiado extenso explicar todo esto aquí; por eso os aconsejo leer el texto escrito por Pablo VI en 1968 al respecto.

Las oraciones de Santa Brígida son también muy recomendables para las almas del Purgatorio. Se pueden encontrar en las librerías religiosas, o bien os las puede dejar vuestro párroco.

Es igualmente muy eficaz para esas almas la oración en general, y todas las formas de plegaria.

Me gustaría dar a conocer el testimonio de Hermann Cohen, un artista judío convertido al catolicismo que veneró mucho la Eucaristía.

Sucedió en el año 1864. El se había apartado del mundo, había entrado en una orden religiosa muy austera y adoraba con mucha frecuencia el Santo Sacramento, por el cual sentía una gran veneración.

Durante sus adoraciones, suplicaba al Señor que convirtiera a su madre, a quien amaba mucho.

Pero su madre se murió sin haberse convertido. Hermann se desesperó de dolor. Se postró delante del Santo Sacramento y, dando rienda suelta a sus quejas, oró de este modo: «Señor, es verdad que te lo debo todo, pero, ¿qué te he negado? ¿Mi juventud, mis esperanzas en el mundo, el

bienestar, la felicidad de una familia, un descanso quizás legítimo? Lo he sacrificado todo desde que Tú me llamaste. ¿Mi sangre? También la daría. Y Tú, Señor, Tú, la eterna bondad, que habías prometido devolver el ciento por uno, me has negado el alma de mi madre... Dios mío, yo me someto a este martirio, la murmuración se exiliará de mis labios». El llanto asfixiaba su pobre corazón. De pronto, una voz misteriosa retumbó en su oído y le dijo: «Hombre de poca fe, tu madre se ha salvado, debes saber que la oración tiene todo el poder hacia Mí. Yo he recogido todas aquellas que tú me has ofrecido por tu madre, y mi Providencia ha tenido cuenta de ellas en su última hora. En el momento en que ella expiraba, Yo me he presentado ante ella, me ha visto y ha exclamado: “¡Mi Señor y mi Dios!”. Levanta, pues, tu ánimo, ya que tu madre ha evitado la condenación, y tus fervientes súplicas pronto liberarán su alma de la prisión del Purgatorio».

Se sabe que el padre Hermann Cohen, poco tiempo después, supo a través de una segunda aparición que su madre ya estaba en el Cielo.

Es muy importante saber también que las almas del Purgatorio no pueden hacer nada por ellas mismas, que les es imposible disminuir sus penas. Si los vivientes no rezan por ellas, se encuentran desamparadas. He aquí la importancia de realizar el increíble poder que cada uno de nosotros tiene en sus manos, un poder de fuego, para aliviar y liberar a las almas que sufren.

Por ejemplo, a nadie se le pasaría por la cabeza no ayudar a un niño que delante de nosotros se hubiese caído de un árbol y estuviese gravemente herido. Seguramente haríamos todo lo posible para ayudarlo.

De igual manera, debemos tomarnos en serio esas almas que esperan todo de nosotros, que están pendientes de la más mínima ofrenda, de la mínima oración por nuestra parte para sentirse aliviadas de sus penas. Esta puede ser para nosotros la manera más hermosa de superar la caridad.

Esto me hace pensar en el buen samaritano del Evangelio y lo que hizo por el hombre que encontró ensangrentado y medio muerto al borde del camino. Ese hombre dependía completamente del buen corazón de un paseante.

Sor E. María, ¿por qué no se pueden ganar méritos en el Purgatorio, mientras que sí se pueden ganar en la Tierra?

M.S. Porque los méritos se acaban en el momento de la muerte. Mientras que uno está vivo en la Tierra, puede reparar el mal que uno ha hecho. Las almas del Purgatorio nos envidian por esta posibilidad. Incluso los ángeles están «celosos» de nosotros porque tenemos la posibilidad de crecer mientras seguimos en la Tierra.

En el momento de la muerte

Sor E. ¿Cuál es el valor de la contrición o del arrepentimiento en el momento de la muerte?

M.S. La contrición es importantísima. Los pecados, sea como sea, son perdonados, pero queda la consecuencia del pecado. Si se quiere obtener la indulgencia plenaria en el momento de la muerte, es decir, ir derecho al Cielo, el alma tiene que estar libre de toda atadura.

Ahora quisiera referir un testimonio muy significativo que nos ha contado María. Le habían pedido que se informara sobre una mujer cuyos parientes la creían perdida, pues había vivido una

vida muy mala. Fue víctima de un accidente: se había caído de un tren y murió. Un alma dijo a María que esa mujer se había salvado del infierno porque, en el momento de la muerte, había dicho a Dios: «Tú haces bien en retomar mi vida, porque así ya no podré ofenderte más». Y eso canceló todos sus pecados. Esto demuestra que un solo acto de humildad y de arrepentimiento a la hora de la muerte, nos puede salvar. Eso no significa que esa mujer no haya pasado por el purgatorio, pero al menos se salvó del infierno merecido a causa de su impiedad.

Sor E. En el momento de la muerte, antes de entrar en la eternidad, ¿hay un tiempo en el que el alma tiene la posibilidad de dirigirse a Dios, incluso después de una vida de pecado? ¿Un tiempo que estaría entre la muerte aparente y la muerte real? (*La mística Marthe Robin dijo: «El alma no deja el cuerpo tan rápidamente como pensamos. Si se supiera lo que pasa en ese momento, nos arrodillaríamos para rezar por el difunto con todo nuestro corazón en lugar de apresurarnos para vestirlo»*).

M.S. Sí, el Señor da a cada alma algunos minutos para que se arrepienta de sus pecados y se decida si acepta o no acepta llegar a Dios. En ese breve tiempo se ve la propia vida como una película. Yo conozco a un hombre que seguía los preceptos de la Iglesia, pero no creía en la vida eterna. Un día enfermó gravemente y entró en coma. Entonces él se vio en una sala con una pizarra en la que estaban escritas todas sus acciones: tanto las buenas como las malas; luego la pizarra desapareció, también las paredes de aquella sala, y todo era infinitamente bello. Después se despertó del coma y decidió cambiar de vida.

Este episodio es semejante a los testimonios del libro *La vida más allá de la vida*: la experiencia de la luz sobrenatural hace que esas personas no puedan volver a vivir como lo hacían antes.

Sor E. María, en la hora de la muerte, ¿Dios se revela con la misma intensidad a todas las almas?

M.S. A cada alma se le da el conocimiento de su propia vida, y también del sufrimiento futuro (en el Purgatorio). Pero esto no es igual para todos. La intensidad de la revelación del Señor depende de la vida de cada uno.

Sor E. María, ¿el diablo tiene el poder de atacarnos en el instante de la muerte?

M.S. Sí, pero el hombre tiene también la gracia de resistirlo y de rechazarlo, porque si el hombre no quiere, el demonio no puede hacer nada.

Sor E. María, cuando alguien sabe que va a morir en breve tiempo, ¿cuál sería para esa persona, en su opinión, la mejor manera de prepararse?

M.S. Abandonarse completamente al Señor. Ofrecerle todos sus sufrimientos, sentirse feliz de Dios.

Sor E. ¿Cuál debe ser nuestra actitud ante alguien que va a morir? ¿Qué es lo mejor que podemos hacer por esa persona?

M.S. Hay que rezar mucho y preparar a esa persona para la muerte. Debemos decir siempre la verdad.

Sor E. ¿Qué consejos le daría a la persona que quisiera ser santa ya en la Tierra?

M.S. Ser muy humilde. No debe ocuparse de sí misma. Debe huir del orgullo, que es la trampa más peligrosa que nos tiende el maligno.

Sor E. ¿Se puede pedir al Señor vivir el propio purgatorio en la tierra para no hacerlo después de la muerte?

M.S. Sí. Conocí un sacerdote y una chica que se encontraban enfermos en el hospital. La chica le dijo al sacerdote que ella pedía al Señor poder sufrir en la Tierra tanto cuanto fuera necesario para ir directamente al Cielo. El sacerdote le respondió que él no se atrevía a pedir eso. Junto a ellos había una religiosa que había escuchado toda la conversación. Primero murió la chica, y el sacerdote murió después. El sacerdote se apareció a la religiosa diciéndole: «Si hubiese tenido igual confianza que esa chica, también yo hubiese ido directamente al Cielo».

Sor E. Gracias por este hermoso testimonio, María.

Llegados a este punto de la conversación, María me pide cinco minutos de descanso para dar de comer a las gallinas. Cuando vuelve, retomamos la entrevista.

Los “habitantes” del Purgatorio

Sor E. María, ¿hay diferentes grados en el Purgatorio?

M.S. Sí, hay una gran diferencia en el sufrimiento moral. Cada alma sufre de manera única.

Sor E. ¿Saben las almas del Purgatorio lo que va a pasar en el mundo?

M.S. Ellas no lo saben todo, pero sí saben muchas cosas.

Sor E. ¿Estas almas le dicen alguna vez algo de lo que va a pasar?

M.S. Ellas simplemente dicen que «hay algo delante de la puerta», pero ellas no dicen lo que es, solo dicen lo que es necesario para la conversión de los hombres.

Sor E. ¿Los sufrimientos del Purgatorio son peores que los mayores sufrimientos de aquí abajo?

M.S. Sí, pero de manera simbólica. Hacen más daño dentro del alma.

Sor E. ¿Jesús no visita nunca el Purgatorio?

M.S. Ningún alma me lo ha dicho. Es la Madre de Dios quien va. Una vez pregunté a un alma del Purgatorio si debía ir ella misma a buscar al alma por la que yo pedía noticias. Me respondió: «No, es la Madre de Misericordia quien da noticias». Ni siquiera los santos van al Purgatorio; en cambio, los ángeles sí están allí. Está San Miguel, y cada alma tiene cerca a su ángel de la guarda.

Sor E. ¿Qué hacen los ángeles en el Purgatorio?

M.S. Alivian y consuelan a las almas. Estas pueden incluso verlos.

Sor E. Hoy en día mucha gente cree en la reencarnación. ¿Qué dicen las almas sobre este tema?

M.S. Las almas dicen que Dios nos da una sola vida (*En Medjugorje, la SS. Virgen dijo a los videntes: La reencarnación no existe. Después de la muerte, hay la eternidad (1982). Este y otros mensajes se encuentran recogidos en el libro Mensajes de la Reina de la Paz, editado en España por Asociación Hijos de Medjugorje, 2009*).

Sor E. Algunos dicen que una sola vida no es suficiente para conocer a Dios y para tener el tiempo de convertirse verdaderamente; y piensan que eso no es justo. ¿Qué les respondería a estas personas?

M.S. Todos los hombres tienen una voz interior. Incluso sin ser practicantes, ellos reconocen implícitamente a Dios. No existe nadie que no crea totalmente. Cada hombre tiene una conciencia para reconocer el bien y el mal, una conciencia dada por Dios y un conocimiento interior, ciertamente de grados diversos, pero sabe distinguir el bien del mal. Con tal conciencia cada persona puede llegar a ser bienaventurada.

Sor E. ¿Qué pasa con las personas que se suicidan? ¿Alguna vez le ha visitado una de esas almas?

M.S. Hasta hoy, nunca he sabido del caso de un suicida que se haya perdido. Esto no significa, naturalmente, que no los haya. Pero, a menudo, las almas me dicen que son más culpables aquellos que han estado alrededor de ellas, si han sido negligentes o han difundido calumnias.

Sor E. ¿Estas personas se arrepienten de haberse suicidado?

M.S. Sí, pero con frecuencia el suicidio es una enfermedad. A pesar de esto, las almas se arrepienten porque, apenas ven las cosas a la luz de Dios, comprenden, en un solo instante, todas las gracias que les estaban reservadas durante el tiempo que aún les quedaba por vivir, y ven todo el tiempo restante, y ven todas las almas que hubiesen podido ayudar ofreciendo el resto de su vida a Dios; y lo que a ellas les causa mayor dolor por su pasado es ver el bien que hubiesen podido hacer y que, en cambio, no hicieron porque abreviaron su vida. Pero si la causa del suicidio fue una enfermedad, el Señor lo tiene en cuenta.

Sor E. ¿Le han visitado almas que poco a poco se habían autodestruido, por consumo de drogas por ejemplo?

M.S. Sí, no se condenaron. Esto depende de las causas que las llevaron a consumir droga, pero tienen que sufrir el Purgatorio.

Sor E. Si yo pensara, por ejemplo: «¡Yo sufro demasiado físicamente y moralmente, es demasiado duro para mí y me quiero morir!», ¿qué puedo hacer?

M.S. Esto es muy frecuente. Yo diría: «Dios mío, yo puedo ofrecer estos sufrimientos para salvar almas». El Señor me dará la fe y la fuerza. Pero mucha gente en nuestros días no obra de

esta forma. Se puede decir también que haciéndolo así el alma obtiene una gran beatitud, una gran felicidad para el Cielo, donde hay millares de grados diferentes de felicidad, pero cada uno lo vive con plenitud y colma todo deseo. Cada uno sabe que tiene lo justo merecido.

Sor E. María, quisiera preguntarle si almas de personas de otras religiones, por ejemplo judíos, han venido a visitarla.

M.S. Sí, y son felices. Quien vive bien su fe está en paz; pero es a través de la fe católica como se gana mucho más para el Cielo.

Sor E. ¿Existen religiones que son malas para las almas?

M.S. No, pero hay tantas religiones en la Tierra... Los fieles más cercanos a la fe católica son los ortodoxos y los protestantes. Hay muchos protestantes que recitan el Rosario; pero las sectas son muy malas. ¡Hay que hacer de todo para salir de ellas!

Sor E. ¿Hay sacerdotes en el Purgatorio?

M.S. Sí, hay muchos. Son los que no han colaborado para que se tenga respeto por la Eucaristía, y entonces toda la fe sufre. Con frecuencia están en el Purgatorio por haber descuidado la oración, lo cual también ha hecho disminuir su fe. Pero también es cierto que muchos han ido directamente al Paraíso.

Sor E. Bien, ¿y qué le diría a un sacerdote que quisiera vivir verdaderamente según el corazón de Dios?

M.S. Le aconsejaría rezar mucho al Espíritu Santo y recitar cada día el Rosario.

Sor E. María, ¿hay niños en el Purgatorio?

M.S. Sí, pero para ellos el Purgatorio no es muy largo ni muy penoso, porque a ellos les falta el pleno discernimiento.

Sor E. ¿Qué edad tenía el alma más joven que ha visto?

M.S. Tenía cuatro años. Era una niña y estaba en el Purgatorio porque había recibido de sus padres, como regalo de Navidad, una muñeca. Tenía una hermana melliza, que también había recibido una muñeca. Y he aquí que a la niña de cuatro años se le rompió la muñeca, y entonces, escondidas, cambió la muñeca rota por la de su hermana, sabiendo muy bien, en su corazoncito, que ocasionaría muchísimo dolor a su hermana; fue consciente de que eso era un engaño y una injusticia. Por esta causa pasó por el Purgatorio.

Los niños con frecuencia tienen una conciencia más viva que la de los adultos, y es preciso sobre todo luchar contra la mentira, ya que ellos son muy vulnerables a ella.

Sor E. ¿Cómo pueden los padres ayudar en la formación de la conciencia de sus hijos?

M.S. Sobre todo con el buen ejemplo: es lo más importante; y luego con la oración. Los padres deben bendecir a sus hijos e instruirlos bien en las cosas de Dios.

Sor E. ¿Le han visitado almas que sobre la Tierra practicaban perversiones, por ejemplo, en el

campo de la sexualidad?

M.S. Sí, no se han perdido, pero deben sufrir mucho para purificarse. En todas las perversiones está presente la obra del Maligno. En modo particular en la homosexualidad.

Sor E. ¿Qué consejo daría a todas esas personas que son tentadas por la homosexualidad, que sienten esa tendencia?

M.S. Les diría que rezaran, que rezaran mucho, para tener la fuerza de alejarse. Sobre todo hay que orar al arcángel San Miguel, pues es él, por excelencia, quien combate contra el Maligno.

Sor E. ¿Y cuáles son las tendencias del corazón que pueden conducir a la pérdida definitiva de nuestra alma, es decir, al infierno?

M.S. Es cuando no se quiere ir hacia Dios.

A este respecto, una vez entrevisté a Vicka, una de las videntes de Medjugorje, quien ha visto el infierno. Ella me dijo que únicamente van al infierno aquellos que deciden ir allí, y no es Dios quien los manda. Al contrario, El suplica al alma que acoja su Misericordia. El pecado contra el Espíritu Santo del que habla Jesús, y que por tanto no es perdonado, es el rechazo radical de su Misericordia, y eso a plena luz y con plena conciencia.

Juan Pablo II lo explica muy bien en su encíclica sobre la Misericordia. También en esto podemos hacer mucho, por medio de la oración, por las almas que están en peligro de perderse. Aquí les expongo otro testimonio de María: «Un día, me encontraba en el tren y en mi compartimiento había un hombre que no paraba de criticar a la Iglesia, a los sacerdotes e incluso a Dios mismo, hasta que yo le dije: “Usted no tiene el derecho de decir todo eso, ¡no está bien!”.

»Cuando llegué a mi estación, mientras bajaba del tren, me dirigí a Dios de forma sencilla: “¡Señor, que esta alma no se pierda!”.

»Algunos años después, el alma de aquel hombre vino a visitarme y me contó que había estado al borde del infierno y que se había salvado solo por la oración que yo había hecho en aquel momento». Es impresionante ver cómo un simple impulso del corazón hacia alguien puede impedirle caer en el infierno. El orgullo es lo que lleva al infierno, es el obstinarse voluntariamente en decir NO a Dios. Pero nuestra oración puede suscitar, en quien muere, un acto de humildad; y solo un impulso de humildad, por mínimo que sea, puede evitarle el infierno eterno.

Sor E. María, ¿cómo puede llegar alguien al punto de decir NO a Dios en el momento de la muerte, cuando lo está viendo?

M.S. Un hombre me dijo un día que no quería ir al Cielo porque Dios permite las injusticias. Yo le dije que esto lo hacen los hombres y no Dios. Me respondió: «Espero no encontrarme a Dios después de la muerte, porque entonces le romperé la cabeza con un hacha».

Él tenía un odio profundo contra Dios, pero Dios deja al hombre su voluntad libre, El quiere dejar a cada uno su libre elección.

Dios da a cada uno, durante la vida terrena y en la hora de la muerte, suficientes gracias para convertirse, aun después de una vida transcurrida en las tinieblas. Si se pide perdón, obviamente sin cálculo previo, podemos salvarnos.

Sor E. Jesús dijo que es difícil para un rico entrar en el Reino de los Cielos. ¿Ha visto usted algún caso parecido?

M.S. Si hacen obras de caridad, si viven el Amor, entonces también ellos pueden entrar en el Reino, igual que los pobres.

Sor E. Actualmente, ¿le visitan todavía las almas del Purgatorio?

M.S. Sí, dos o tres veces por semana.

Sor E. ¿Qué piensa sobre las prácticas de espiritismo? Por ejemplo, cuando se llama a los espíritus de los difuntos, se hacen girar las mesas, etc.

M.S. No está bien. Es siempre el Maligno, es el diablo quien hace mover las mesas.

Sor E. ¿Qué diferencia hay entre lo que usted vive con las almas de los difuntos y las prácticas de espiritismo?

M.S. No es lícito llamar a las almas. Yo no busco su venida. En el espiritismo, se evocan, se les llama. Esta diferencia es muy clara y nosotros la debemos considerar con mucha seriedad. Si la gente tuviera que creer en una cosa sola de las que yo digo, me gustaría que fuera precisamente en esta: las personas que hacen espiritismo (hacer mover mesas u otras prácticas de este tipo) piensan que llaman a las almas de sus difuntos. En realidad, si hay una reacción a su llamada, es siempre Satanás y sus demonios quienes responden. La práctica del espiritismo (adivinos, brujería...) es muy peligrosa, tanto para ellos mismos como para las personas que se dirigen a ellos para recibir consejo. Viven en un completo engaño. Está formalmente prohibido llamar a los muertos (véase Deuteronomio 18, 9-15). Por mi parte, yo no les he llamado jamás, no les llamo y no les llamaré nunca. Solo Dios permite lo que a mí me pasa. Ciertamente, Satanás puede imitar todo lo que viene de Dios, y lo hace. Él puede imitar la voz de los difuntos, él puede imitar su apariencia. Pero cualquiera que sea esa manifestación, viene siempre del Maligno. No olvidemos que Satanás puede incluso curar, pero sus curaciones no son duraderas.

Sor E. Usted, personalmente, ¿ha sido alguna vez engañada por falsas apariciones? Por ejemplo, por el diablo que se hace pasar por un alma del Purgatorio para hablarle.

M.S. Sí, una vez un alma vino a verme y me dijo: «No recibas al alma que vendrá después de mí, porque te pedirá demasiados sufrimientos, no podrás hacer lo que te va a pedir».

Entonces quedé turbada porque me acordaba de lo que me había dicho mi párroco: que había que acoger a cada alma con generosidad.

Por lo tanto, yo estaba habituada a la obediencia. Entonces me pregunté si no se trataría del demonio más que de un alma del Purgatorio. Por lo que le dije a esa alma: «Si tú eres el demonio, vete».

En ese momento pegó un fuerte grito y huyó. Y efectivamente, el alma que vino después era un alma que tenía verdadera necesidad de mi ayuda.

Sor E. Cuando el diablo aparece, ¿el agua bendita lo hace huir siempre?

M.S. Sí.

Sor E. En la actualidad usted es muy conocida, sobre todo en Alemania y en toda Europa. Pero al principio vivía escondida. ¿Cómo es que, de la noche a la mañana, la gente ha reconocido que su experiencia sobrenatural es auténtica?

M.S. Fue cuando las almas comenzaron a pedirme que suplicara a sus familias que restituyeran un bien adquirido de forma ilegítima. Entonces, la gente se dio cuenta de que lo que yo les decía era verdad.

A este propósito, María me contó muchos testimonios. Sería demasiado prolijo referirlos. A grandes rasgos, diversas almas han venido a verla para decirle: «Ve a mi familia, en tal pueblo (un pueblo que ella no conocía), para decir a mi padre, a mi hijo, a mi hermano, que restituyan tal propiedad, tal suma de dinero que, en tal lugar y en el asunto de fulano, me he procurado de mal modo. Yo seré liberada del Purgatorio cuando ese bien sea restituido». Entonces María refería todos los detalles de ese campo, de aquella suma de dinero, de tal objeto, de aquel vestido; y las personas quedaban sorprendidas viendo que ella conocía todos esos particulares, porque algunas veces ni las mismas familias estaban al corriente de que aquel bien hubiese sido mal adquirido por sus parientes. Fue por tales hechos por los que María comenzó a ser muy conocida.

Sor E. ¿Existe un reconocimiento oficial de la Iglesia con respecto al carisma que usted ejerce hacia las almas del Purgatorio, y también hacia aquellos que son alcanzados con su apostolado?

M.S. Mi obispo me ha dicho que, visto que no hay errores teológicos, yo debo continuar. El está de acuerdo. Mi párroco, que es al mismo tiempo mi guía espiritual, confirma también estas cosas.

Sor E. Usted ha hecho tanto por las almas del Purgatorio que, sin duda alguna, cuando le toque morir, miles de almas le escoltarán hasta el Cielo. ¡Imagino que usted no tendrá que pasar por el Purgatorio!

M.S. No creo que vaya al Cielo sin pasar por el Purgatorio, porque yo he tenido más luz, más conocimiento que otras personas, por lo tanto mis culpas son más graves. ¡Pero espero igualmente que las almas me ayuden a subir al Cielo!

Sor E. ¿Está contenta de tener este carisma, o bien es para usted una cosa pesada y fatigosa, todas esas continuas demandas por parte de las almas?

M.S. No me lamento de las dificultades, porque sé que puedo ser de mucha ayuda para tantas almas, y soy feliz de poder hacerlo.

Sor E. Muchísimas gracias por el hermoso testimonio que nos ha dado. ¿Podría usted contarnos en dos palabras su vida?

M.S. Cuando era niña quería entrar en un convento. Mi madre me decía que esperara a que tuviese veinte años. No quería casarme. Mi madre me hablaba mucho de las almas del Purgatorio, y ya desde que asistía a la escuela esas almas me habían ayudado mucho. Entonces yo me decía que debía hacerlo todo por ellas.

Terminada la escuela me planteé entrar en un convento. Ingresé en las Hermanas del Corazón de Jesús, pero me dijeron que era demasiado débil de salud para poder quedarme (cuando era pequeña había tenido una pulmonía y una pleuritis). La superiora confirmó que yo tenía vocación religiosa, pero me aconsejó que entrara en una orden más fácil y esperara algún año más. Yo, en cambio, quería ingresar en una orden claustral y enseguida. Después de otros dos intentos, la conclusión fue la misma: era demasiado débil de salud. Entonces pensé que entrar en un convento no era la voluntad que el Señor tenía puesta en mí. Sufrí mucho pensando que el Señor no me mostraba lo que quería de mí. El día en que Dios me confió esta tarea para las almas del Purgatorio tenía veinticinco años. ¡Me había hecho esperar ocho años!

En mi familia éramos ocho hermanos. Yo trabajaba en casa, en nuestra granja, desde los quince años.

Luego fui a Alemania, como mujer de servicio en la familia de un campesino, y después he trabajado aquí en la granja.

A partir de los veinticinco años, cuando comenzaron las visitas de las almas y tuve que sufrir mucho por ellas, mi salud ha mejorado mucho.

Aquí finaliza su relato. Después de leer un informe sobre María Simma enviado por el padre Alfonso Matt (su director espiritual) puedo añadir estas otras noticias: «María ofreció su virginidad a la Virgen María y le hizo esta consagración especialmente en favor de los difuntos». Ella se consagró también a Dios «como alma víctima, alma de amor y de expiación». El párroco dice que, en diferentes ocasiones, ella se ofreció como víctima para ayudar a los difuntos, para recibir los sufrimientos voluntarios y a veces terribles gracias a los cuales disminuyó las penas de muchas almas. Ella siempre ofreció a Dios continuas oraciones, misas y penitencias.

Después de la muerte de su padre, en el año 1947, María vivió sola en la pequeña casa paterna; y para cubrir sus necesidades, ella cultivaba su pequeño huerto. Vivió pobremente, ayudada por personas caritativas. Si alguien le ofrecía dinero, lo daba todo al párroco, para la celebración de misas, para obras de caridad y sobre todo para las misiones.

La tarea de María Simma no era solo la de ayudar a los difuntos, sino también la de promover la ayuda de los vivos hacia las almas del Purgatorio y hacia los moribundos.

Algunas notas de María Simma

«No sirve de nada lamentarse de los tiempos en que vivimos. Los padres para nada ayudan a sus hijos reflejando en ellos sus propios deseos, dándoles todos sus caprichos, simplemente para contentarlos y para no oírlos gritar. De esta manera, el orgullo arraiga en el corazón de un niño. Más tarde, cuando este comienza a ir al colegio, no sabe ni recitar un Padrenuestro, ni santiguarse. En ocasiones, el niño no sabe nada de Dios.»

«¡Enseñad a los niños a hacer pequeños sacrificios! ¿Por qué hoy en día existe tanta indiferencia religiosa? ¿Por qué esta decadencia moral? ¿Porque los niños no han aprendido a renunciar a sus caprichos! Ellos, más tarde, se vuelven personas insatisfechas y sin juicio que toman parte en todo y que quieren tener de todo y en abundancia. Esto provoca las desviaciones sexuales. El que no ha aprendido desde su infancia a dominarse se vuelve egoísta, sin amor,

tiránico. Por eso actualmente hay mucho odio y mucha falta de caridad. ¿Queremos vivir tiempos mejores? Empecemos pues por la educación de los niños.»

«Se peca mucho contra el amor al prójimo, sobre todo por la murmuración, el engaño y la calumnia. ¿Dónde empiezan estos pecados? En el pensamiento. Es necesario que enseñemos estas cosas a los niños a los demás sin caridad.»

«Para todos los católicos, el apostolado es un deber. Algunos lo practican con su profesión, otros con su ejemplo.»

«La atención al desarrollo espiritual no debe verse asfixiada por el excesivo cuidado del cuerpo.»

Conocer a María Simma fue para mí un gran placer: una mujer cuya vida fue totalmente entregada. Cada segundo, cada hora de su vida tuvo un peso de eternidad, no solamente para ella misma, sino para tantas almas, conocidas y desconocidas, que ella ayudó a liberar del Purgatorio y a encontrarse con la felicidad eterna en el Cielo.

Testimonios de algunos santos sobre el Purgatorio

Numerosos santos han abierto grandes perspectivas sobre la realidad del Purgatorio. Gracias a sus testimonios, los fieles tenemos a nuestra disposición unos ejemplos concretos que ilustran y confirman la doctrina de la Iglesia. Quiero analizar en especial lo que dejaron escrito tres santos que están ejerciendo una fuerte influencia en nuestra generación: San Vio de Pietrelcina (padre Pío), Santa Teresita del Niño Jesús y Santa Faustina Kowalska.

San Pío de Pietrelcina

¡No lo dejes para más tarde!

El padre Pío le contó esta historia al padre Anastasio. «Una tarde, mientras me encontraba solo en el coro para rezar, oí un ruido y vi un joven monje de pie delante del altar mayor. Parecía que estaba limpiando los candelabros y arreglando las flores. Pensé que era el padre Leone, que preparaba el altar, y como ya era la hora de cenar, me acerqué y le dije: “Padre Leone, vaya a cenar, no es el momento de limpiar y preparar el altar”; pero una voz, que no era la del padre Leone, me contestó: “No soy Leone”. “¿Y quién eres?”, le pregunté. “Soy un cofrade tuyo que fui novicio aquí. Me encargaron limpiar el altar durante mi año de noviciado. Desgraciadamente, a menudo dejé de reverenciar a Jesús cuando pasaba por delante del altar, y el Santísimo Sacramento, que está en el Tabernáculo, no fue respetado. Ahora, en su inmenso Amor, Dios me ha enviado aquí para que tú puedas acelerar el tiempo que me falta para ir al Paraíso. Reza por mí”. Creyendo ser muy generoso con esa alma sufridora, le dije: “Entrarás en el Paraíso mañana por la mañana, cuando celebre la Santa Misa”. Entonces él gritó: “¡Eres muy cruel!”, y llorando se marchó. Esa queja me produjo una herida en el corazón, que sentí y sentiré durante toda mi vida, ya que habría podido enviar esa alma inmediatamente al paraíso y en cambio la condené a quedarse otra noche más entre las llamas del purgatorio.

Morí en un incendio

Una tarde, el padre Pío se encontraba en la planta baja del convento, en una habitación convertida en hospedería. Estaba solo y acababa de acostarse en el catre cuando de pronto se le apareció un hombre envuelto en una capa negra. El padre Pío, sorprendido, se levantó del catre y le preguntó al hombre quién era y qué quería. El desconocido contestó que era un alma del Purgatorio. «Me llamo Pietro Di Mauro», dijo; «morí en un incendio el 18 de septiembre de 1908, en este convento». Efectivamente, después de la expropiación de los bienes eclesiásticos, el convento fue convertido en una residencia para ancianos. «Morí entre las llamas mientras dormía en mi cama, justo en esta habitación. Ahora vengo del Purgatorio: Dios me ha permitido venir aquí y pedirte que ofrezcas una misa para mí, mañana por la mañana. Gracias a esa misa estaré en condiciones de entrar en el Paraíso». El padre Pío le prometió al hombre que ofrecería una misa por él..., pero también le dijo que deseaba acompañarle a la puerta del convento. Había entendido perfectamente que le estaba hablando a un difunto, así que, cuando salieron a la plaza de la iglesia, el hombre que estaba a su lado desapareció inmediatamente. El Padre Pío volvió al convento algo asustado. El padre Paolino de Casacalenda, guardián del convento, notó su nerviosismo y, tras explicarle lo que le había pasado, pidió permiso para celebrar la Santa Misa por el alma del difunto. Pocos días después, para comprobar la información, el padre Paolino fue al registro civil del ayuntamiento de San Giovanni Rotondo. Tras su petición, le concedieron consultar el registro de defunciones del año 1908. La historia del padre Pío era cierta: en el registro de defunciones, el padre Paolino encontró que el 18 de septiembre del 1908, en el incendio del asilo, murió Pietro Di Mauro.

La Madre de Cleonice

La señora Cleonice Morcaldi de San Giovanni Rotondo era una de las hijas espirituales del padre Pío. Un mes después de la muerte de su madre, la señora Cleonice fue a confesarse con él, y después de la confesión, el padre Pío le dijo: «Esta mañana tu madre ha entrado en el Paraíso, la he visto mientras celebraba la Santa Misa».

Como Santa Teresita y Santa Faustina, también el padre Pío podía ver más allá del mundo tangible. Para él no había pantallas entre el Paraíso, el Purgatorio y la Tierra. Resultan realmente preciosos estos testimonios que nos presentan el mundo espiritual que nuestros ojos no pueden ver, pero que es más real que nuestras televisiones o que lo que vemos en los ordenadores.

Santa Teresita del Niño Jesús

Es la Doctora de la Iglesia más joven. En una época en la cual los intelectuales católicos profundizaban especialmente el concepto de la justicia de Dios, Teresita se lanzó a los brazos de Dios, que más bien veía como su amigo más querido y como un Padre lleno de amor. Con el libro *Historia de un alma*, empujó a la Iglesia hacia las profundidades del amor de Dios.

En el Carmelo de Lisieux, la hermana María Filomena había llegado a la convicción de que después de su muerte pasaría por el Purgatorio. Cuando habló de ello con Santa Teresita, esta le

contestó: «No tienes suficiente confianza. Tienes demasiado miedo respecto al buen Dios. Puedo asegurarte que esto le duele mucho. No deberías temerle al Purgatorio porque allí se sufre; en cambio, deberías pedir no merecer ir allá para complacer a Dios, al que tanto le cuesta imponer este castigo. Si intentas complacerle en todo y mantienes una absoluta confianza en Él, en cada momento te purificará en su Amor y no permitirá que quede ningún pecado. De esta forma, puedes estar segura de que no irás al Purgatorio» .

Teresita fue incluso más allá, ya que pensaba sinceramente que la gente ofendía a Dios cuando le faltaba la confianza de poder lograr ir directamente al paraíso después de su muerte. Cuando sus hermanas le declararon que esperaban ir al purgatorio, ella les contestó: «¡Qué disgusto que me dais! Le hacéis una grave ofensa al Señor, si creéis que iréis al Purgatorio. ¡Si amamos, no podemos ir allí!».

El Señor le donó a Santa Teresita del Niño Jesús la gracia de entender que el Purgatorio no había sido concebido como una norma, sino más bien como una excepción. La doctrina nos dice que cada uno de nosotros recibe suficientes gracias para ir directamente ante Dios, después de haber pasado las pruebas en la Tierra. Pero el Purgatorio es una «entrada de seguridad» al Paraíso para quienes no han aprovechado las gracias que Dios les concedió.

Otra vez, una de sus novicias, la hermana María de la Trinidad, le dijo: «¿Qué pasa si fracaso incluso en los asuntos pequeños? ¿Aún puedo esperar ir directa al Cielo?». Santa Teresita, conocedora de las debilidades de su novicia, le contestó: «¡Claro! ¡Dios es tan misericordioso! El sabrá qué hacer para ir a recogerte. No obstante, intenta serle fiel, para que Él no tenga que esperar en vano tu amor». Más tarde, hablando de sí misma, dijo: «Ya sé que por mí misma no merecería siquiera entrar en ese lugar de expiación, puesto que únicamente las almas santas pueden entrar allí. Pero también sé que el Fuego del Amor es más santificante que la cadena del Purgatorio. También sé que Jesús no puede desear inútiles sufrimientos para nosotros y que no me inspiraría las nostalgias que siento si no deseara satisfacerlas». Si las pobres almas del Purgatorio hubiesen conocido en la Tierra lo que les esperaba en la eternidad, ¡el Purgatorio se habría quedado vacío!

La hermana María Febronia no compartía la doctrina de Teresita acerca del Purgatorio, y consideraba una presunción creer que fuera posible irnos directos al Paraíso. Santa Teresita intentó explicar su opinión a la anciana monja, pero no tuvo éxito. Al final, Santa Teresita le dijo: «Hermana, si usted quiere la justicia de Dios, la tendrá. Las almas reciben de Dios exactamente lo que esperan de Él». Menos de un año más tarde, en el mes de enero de 1892, la hermana Febronia murió. Tres meses después, Santa Teresita tuvo un sueño y se lo contó a la madre priora con estas palabras: «Madre, la hermana María Febronia vino la noche pasada y me pidió que rezara por ella. Ahora seguramente está en el Purgatorio, ya que no tuvo la suficiente confianza en la misericordia del buen Dios. De su implorante actitud y de sus profundas miradas parecía que quería decir: “Tenías razón. Me encuentro entregada a la plena justicia de Dios, pero la culpa es mía. Si te hubiera escuchado, ahora no estaría aquí”». Teresita escribió incluso a su hermana María: «Lo que a Él le gusta es ver que yo amo mi pequeñez y mi pobreza, la esperanza ciega que tengo en su misericordia... Este es mi único tesoro, madre mía: ¿por qué no debería serlo para usted también?». Teresita nos anima a tratar con Dios con la intrepidez de un niño. ¿Acaso el Reino de Dios no pertenece a los niños?

Santa Faustina Kowalska

También Santa Faustina nos exhorta a confiar ciegamente en la insondable misericordia de Dios. No es casualidad que el papa Juan Pablo II canonizase a sor Faustina como ¡la primera santa del tercer milenio! Sus escritos, difundidos por todas partes, satisfacen las necesidades de quienes buscan la verdad en la sociedad actual. En su Diario, la Misericordia Divina en mi alma, sor Faustina nos cuenta algunos sucesos que bien explican la vinculación existente entre la Divina Misericordia y el Purgatorio.

Ella rememora: «Cuando entré un momento en la capilla, Jesús me dijo: Hija mía, ayúdame a salvar a un pecador en agonía; reza por él la coronilla que te enseñé. Cuando empecé a rezar la coronilla, vi a ese moribundo luchar entre terribles tormentos, defendido por su ángel de la guarda, que parecía impotente frente a la gran miseria de esa alma. Un gran número de demonios estaba a la espera del alma, pero mientras rezaba la coronilla vi a Jesús tal y como está representado en la imagen. Los rayos que salían de su Corazón envolvían al enfermo, y las fuerzas de las tinieblas huyeron en una gran confusión. Así, el enfermo murió serenamente. Cuando volví en mí, entendí lo importante que puede llegar a ser para los moribundos esta coronilla, ya que aplaca la ira de Dios» (§ 1565).

En otra ocasión reveló lo que significa para las almas del purgatorio tener constantemente sed de Dios: “pregunté al Señor Jesús: ¿por quien más tengo que rezar?”. Jesús me contestó que durante la siguiente noche me lo comunicaría. Vi a mi ángel de la guarda, quien me ordenó que lo siguiera. En un momento me encontré en un lugar brumoso, invadido por el fuego, y allí había una enorme multitud de almas sufriendo. Estas almas rezaban con gran fervor, pero sin eficacia para ellas mismas: solamente nosotros las podemos ayudar. Las llamas que les quemaban no me tocaban. Mi ángel de la guarda no me abandonó ni un solo momento. Les pregunté a esas almas cuál era su mayor tormento, y unánimemente me contestaron que su mayor tormento es el ardiente deseo de Dios. Vi a la Santísima Virgen que visitaba a las almas en el Purgatorio... Ella les procura alivio» (§ 20).

El amor generoso (la caridad) de Santa Faustina la llevó a soportar los mismos tormentos que algunas almas experimentan en el Purgatorio. Ella nos dice: «Día 9 de julio de 1937. Esta tarde vino a mí una de las monjas difuntas: me pidió un día de ayuno y que le ofreciera todas las prácticas de piedad de ese día. Le contesté que estaba de acuerdo. El día después, ya desde primera hora, tengo la expresa intención de ofrecerlo todo a favor de esa monja. Durante la Santa Misa, por un momento, viví su tormento, sentí en mi alma un hambre tan grande de Dios, que tenía la sensación de morir por el deseo de unirme a El. El asunto duró breves momentos, pero comprendí qué es la nostalgia de las almas del purgatorio».

En cualquier caso, es posible que algunas almas, en su libertad, rechacen a Dios al final de su vida y elijan vivir sin El por toda la eternidad. ¿Qué pasa con estas almas? Santa Faustina nos facilita una de las descripciones más sobrecogedoras del infierno. Ella misma escribe: «Hoy, guiada por un ángel, estuve en las profundidades del infierno. Es un lugar de grandes tormentos en toda su extensión, asombrosamente grande. Estas son las distintas penas que vi: la primera pena, la que constituye el infierno, es la pérdida de Dios; la segunda, los continuos remordimientos de

conciencia; la tercera, la cognición de que esa suerte no cambiará nunca más; la cuarta pena es el fuego que penetra en el alma, pero no la anula; la quinta pena es la constante oscuridad, una peste horrible y sofocante, y —no obstante la oscuridad— los demonios y las almas se ven entre ellos y ven todo el mal de los demás y el propio; la sexta pena es la continua compañía de Satanás; la séptima pena es la terrible desesperación, el odio hacia Dios, las imprecaciones, las maldiciones, las blasfemias. Estas son penas que todos los condenados sufren conjuntamente, pero los tormentos no se acaban aquí. Hay tormentos particulares para las distintas almas, que son los tormentos de los sentidos. Cada alma, según lo que ha pecado, es atormentada de forma tremenda e indescriptible. Hay unas horribles cavernas, abismos de tormentos, donde cada suplicio se diferencia de otro. Me habría muerto viendo esas horribles torturas, si la omnipotencia de Dios no me hubiera sostenido. Que el pecador sepa que será torturado por toda la eternidad en el sentido con el que peca. Escribo todo esto por orden de Dios, para que ninguna alma se justifique afirmando que el infierno no existe, o que nadie estuvo nunca allí y nadie sabe cómo es.

»Yo, sor Faustina, por orden de Dios, estuve en los abismos del infierno, con el fin de contárselo a las almas y de ofrecer testimonio de la existencia del infierno... Los demonios estaban llenos de odio hacia mí, pero por orden de Dios tuvieron que obedecerme... He notado una cosa, y es que la mayoría de las almas que están allí son almas que no creían en el infierno. Cuando volví en mí no lograba restablecerme por el susto, pensando en las almas que allí sufren tan horribilmente; por eso ruego con mayor fervor por la conversión de los pecadores e invoco incesantemente la misericordia de Dios por ellos» (§ 741).

«A menudo asisto almas de agonizantes y obtengo para ellos la confianza en la Divina Misericordia e imploro a Dios la magnanimidad de la divina gracia que siempre triunfa. A veces, la Misericordia de Dios alcanza al pecador en el último momento, de forma singular y misteriosa. Desde el exterior, nos puede parecer que todo está perdido, pero no es así; el alma iluminada por el rayo de una vigorosa última gracia divina se dirige a Dios en el último momento con tal ímpetu de amor que, en un instante, obtiene de Dios el perdón de las culpas y las penas. Pero exteriormente no nos facilita ninguna señal ni de arrepentimiento ni de contrición, ya que lamentablemente ya no reaccionan más a los estímulos externos.¡Qué impenetrable es la divina Misericordia! Pero...¡horror!...También hay almas que rechazan voluntaria y concienzudamente dicha gracia, y la desprecian. Aunque solo en el momento de la agonía, Dios misericordioso ofrece al alma un momento interior de lucidez, gracias al cual esa alma, si quiere, tiene la posibilidad de volver a Dios. Pero a veces hay en las almas una obstinación tan grande que eligen concienzudamente el infierno, frustrando todas las oraciones que otras almas elevan por ellos a Dios, e incluso los mismísimos esfuerzos de Dios» (§ 1697).

UNA PROPUESTA PARA TODOS

AHORA tengo una propuesta que haceros: ¡todos nosotros podríamos tomar la decisión de no ir al Purgatorio!

Nosotros tenemos en nuestras manos todo lo necesario para hacerlo posible. Me acuerdo de unas palabras de San Juan de la Cruz: él dijo que la providencia de Dios proporciona siempre a cada uno de nosotros las purificaciones necesarias, durante la vida en la Tierra, para permitirnos ir directamente al Cielo a la hora de la muerte.

La providencia divina nos pone suficientes contrariedades en nuestras vidas, luchas, sufrimientos, enfermedades... para que todas esas purificaciones, si las aceptamos, sean suficientes para llevarnos directamente al Cielo.

¿Por qué no es este el caso de tantas almas? Porque nosotros nos rebelamos, no aceptamos con amor, con gratitud, estos regalos en nuestras vidas, y pecamos por rebeldía, por la insumisión a las ofrendas de la providencia.

Entonces, pidamos al Señor que acoja cada ocasión, para que en el día de nuestra muerte El nos vea resplandecientes de pureza y belleza.

Si tomamos esta decisión, yo no digo que el camino vaya a ser fácil. ¡El Señor no ha prometido nunca la facilidad!. Pero este camino lo viviremos en paz y nos conducirá hacia la felicidad. El Señor estará con nosotros. Debemos aprovechar, sobre todo, el tiempo que nos queda en la Tierra, ese tiempo tan precioso durante el cual nos es todavía posible crecer en el amor; y crecer en el amor significa aumentar nuestra gloria en la vida futura. En cada instante nosotros podemos crecer en el amor, mientras que las almas del Purgatorio ya no pueden hacerlo, pues es demasiado tarde para ellas.

Incluso los ángeles envidian este poder mientras estamos en la Tierra.

Cada acto de amor que ofrecemos al Señor, cada pequeña renuncia, cada pequeña privación, cada lucha contra nuestras tendencias, contra nuestros defectos, también cada perdón a nuestros enemigos, en fin, todas las pequeñas cosas que podamos ofrecer serán para nosotros como una joya, un verdadero tesoro para la eternidad.

Deberíamos, pues, aprovechar cada ocasión para llegar a ser tan hermosos que Dios nos deseara ya en su presencia. Si nosotros viéramos a plena luz el resplandor de un alma pura, lloraríamos de felicidad.

Un alma humana en estado de gracia es espléndida ante Dios; por eso Dios nos desea completamente puros. Pero nuestra pureza no reside en el hecho de que no hayamos cometido jamás un error en nuestra vida, sino en nuestro arrepentimiento ante los errores cometidos, con toda humildad. Esto es muy diferente. Los santos no son personas intachables, sino más bien aquellas que saben levantarse y pedir perdón cada vez que caen en el pecado. El Cura de Ars decía: “no todos los santos han empezado bien, pero sí todos han acabado bien”. Acojamos, pues, también nosotros estos maravillosos medios que el Señor nos confía para ayudar a las almas en

espera de poseerlas y que languidecen por ese Dios que ya han vislumbrado y que será su felicidad eterna.

No olvidemos que la oración de los niños tiene un poder inmenso en el corazón de Dios. Enseñémosles a rezar por las almas del Purgatorio.

Me acuerdo de una niña a quien yo había hablado sobre esas almas. Al final, le dije: «¿Ves?, ahora tu podrás rezar por las almas de tus parientes, de todos tus amigos que ya han muerto. ¿Quieres ir ante Jesús para rezarle?».

Ella fue ante Jesús y volvió cinco minutos más tarde. Yo le pregunté: «¿Qué es lo que le has pedido?».

Ella me respondió: «Le he pedido que libere a todas las almas del Purgatorio».

Esta respuesta me conmovió profundamente, porque mi propuesta había sido un poco mezquina. En cambio, la niña había entendido perfectamente lo que debía pedirle. En verdad los niños tienen esta confianza inmediata y por eso obtienen tanto de Dios.

Podemos hablar también de los jubilados y de todos aquellos que disponen de tiempo libre; si fueran a menudo a misa, qué tesoro de gracias acumularían, no solo para ellos mismos, sino también para sus difuntos y para miles de almas.

El valor de una sola misa es inconmensurable. ¡Qué bueno sería poder hacerlo!

¡Cuántas riquezas desperdiciamos por causa de nuestra ignorancia, de nuestra indiferencia o simplemente por nuestra pereza!

¡Tenemos en nuestras manos el poder de salvar a nuestros hermanos, haciéndonos al mismo tiempo corredentores, unidos a Jesús nuestro Salvador y Redentor!

ORACIONES

“Y después de haber recolectado entre sus hombres unos dos mil dracmas, los envió a Jerusalén para que se ofreciera un sacrificio por el pecado. El realizó este hermoso y noble gesto con el pensamiento puesto en la resurrección, porque si no hubiera esperado que los caídos en la batalla fueran a resucitar, habría sido inútil y superfluo orar por los difuntos. Además, él tenía presente la magnífica recompensa que está reservada a los que mueren piadosamente, y este es un pensamiento santo y piadoso. Por eso mandó ofrecer el sacrificio de expiación por los muertos, para que fueran liberados de sus pecados.»

(Macabeos 2, 43-46)

«Nuestra oración por ellos puede no solo ayudarles, sino también hacer eficaz su intercesión en nuestro favor.»

(Catecismo de la Iglesia Católica, § 958)

Oración al Divino Corazón de Jesús

Divino Corazón de Jesús, concédeme la gracia de vivir siempre según tu voluntad, tanto en los momentos mejores, los más felices y los más importantes de mi vida, como en los momentos difíciles. Concédeme estar siempre preparado para mi última hora. Dame la fuerza de darlo todo por tu amor, incluso mi vida si fuera necesario.

Jesús, por tu santa y dolorosa Pasión, haz que tu venida a la hora de mi muerte me encuentre despierto como un servidor fiel, como un verdadero penitente después de una buena confesión y de haber recibido los últimos sacramentos.

Señor, no me abandones en mi última lucha en la Tierra, cuando deberé combatir contra Satanás, acaso con furia. Que la Virgen Santísima y Madre de Misericordia, San Miguel y los ángeles me asistan y me protejan contra toda tentación en el momento en que yo tendré que dejar este mundo. Que ellos puedan consolarme y fortificarme en medio de los tormentos.

Concédeme, Señor, durante mi vida, una firme confianza, un amor ardiente y una gran paciencia. Y cuando llegue ese momento, plenamente consciente, vuelva a ponerme en tus manos y que me abandone como un niño en tu santa paz.

Por tu infinita bondad y misericordia, Jesús, acuérdate de mí! Amén.

Salmo 129

Desde lo hondo a ti grito, Señor;
Señor, escucha mi voz;
estén tus oídos atentos
a la voz de mi súplica.

Si llevas cuenta de los delitos, Señor,
¿quién podrá resistir?
Pero de ti procede el perdón,
y así infundes respeto.

Mi alma espera en el Señor,
espera en su palabra;
mi alma aguarda al Señor,
más que el centinela la aurora.

Aguarde Israel al Señor,
como el centinela la aurora.

Porque del Señor viene la misericordia,
la redención copiosa;
y Él redimirá a Israel
de todos sus delitos.

Oración de Santa Matilde por los difuntos

Padre Nuestro que estás en los cielos

Te ruego humildemente: Padre eterno, benévolo y misericordioso, perdona a las almas que tú acogiste como tus criaturas, por no haberte amado y rendido el culto de adoración y respeto que te es debido y por haberte alejado de sus corazones, donde tú deseabas habitar.

En expiación y penitencia, te ofrezco en sacrificio todo el amor y la bondad de tu divino Hijo bien amado, nuestro Señor Jesucristo.

Santificado sea tu Nombre

Te ruego humildemente: Padre eterno, benévolo y misericordioso, perdona a las almas de aquellos que no honraron dignamente vuestro Santo Nombre y a quien, a menudo, lo pronunció indignamente y con ligereza. En expiación y penitencia, te ofrezco en sacrificio los discursos con los cuales tu Hijo bien amado, nuestro Señor Jesucristo, glorificó tu Santo Nombre en la Tierra.

Venga a nosotros tu Reino

Te ruego humildemente: Padre eterno, benévolo y misericordioso, perdona a las almas de aquellos que ofrezco en sacrificio el inmenso deseo de tu Hijo bien amado, nuestro Señor Jesucristo, de que todo el mundo entero sea acogido en tu santo Reino.

Hágase tu voluntad, así en la Tierra como en el Cielo

Te ruego humildemente: Padre eterno, benévolo y misericordioso, perdona a las almas de aquellos que no aceptaron con devoción tu santa voluntad y siguieron, a menudo, sus propios deseos. En expiación y penitencia te ofrezco en sacrificio el Divino Corazón de Jesús y su gran obediencia.

Danos el pan nuestro de cada día. Perdona nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a aquellos que nos ofenden

Te ruego humildemente: Padre eterno, benévolo y misericordioso, perdona a las almas los pecados en los cuales cayeron no amando a sus enemigos y no queriendo perdonarlos. En expiación y penitencia por esos numerosos pecados, te ofrezco en sacrificio las santas palabras que tu Hijo bien amado, nuestro Señor Jesucristo, pronunció en la Cruz: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen».

No nos dejes caer en la tentación

Te ruego humildemente: Padre eterno, benévolo y misericordioso, perdona a las almas de aquellos que

no se opusieron a las grandes tentaciones del mal y, dejándose llevar por ellas, cayeron en pecado. En expiación y penitencia te ofrezco en sacrificio la obediencia, las fatigas y todo el amargo sufrimiento y la muerte de tu Hijo bien amado, nuestro Señor Jesucristo.

Mas líbranos del mal

Te ruego humildemente: Padre eterno, benévolo y misericordioso, perdona todas las almas, libéralas y llévalas con Jesucristo a tu Reino de Gloria, que eres Tú mismo. Amén.

Rosario por las almas del purgatorio.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

1. Jesús mío, por el abundante sudor de Sangre que derramaste en el monte de los Olivos, ten piedad de las almas de mis queridos padres que sufren en el Purgatorio.

Padrenuestro

Ave María

Oración para el descanso eterno (Dales, Señor, el descanso eterno. Brille para ellos la Luz perpetua. Descansen en paz. Amén.).

2. Jesús mío, por las humillaciones y las burlas que sufriste delante de los tribunales hasta ser abofeteado, maltratado por el pueblo y acusado de malhechor, ten piedad de las almas de nuestros difuntos que en el Purgatorio esperan ser glorificadas en tu Reino.

Padrenuestro

Ave María

Oración para el descanso eterno

3. Jesús mío, por la corona de espinas que atravesó tu santa frente, ten piedad del alma más abandonada y sin auxilio, y de la que está más alejada de la liberación del Purgatorio.

Padrenuestro

Ave María

Oración para el descanso eterno

4. Jesús mío, por los dolorosos pasos que hiciste con la cruz a hombros, ten piedad del alma más cercana a la liberación del Purgatorio; y por las penas que sufriste con tu Santa Madre en el

camino del Calvario, libera de las penas del Purgatorio las almas que fueron devotas de tu bien amada Madre.

Padrenuestro

Ave María

Oración para el descanso eterno

5. Jesús mío, por tu Santísimo Cuerpo clavado en la cruz, por tus pies y tus manos atravesados por los clavos, por tu muerte cruel y por tu Santísimo Costado atravesado por la lanza, ten piedad de las almas que sufren y admítelas a tu dulcísima compañía en el Paraíso.

Padrenuestro

Ave María

Oración para el descanso eterno

LAS SANTAS LLAGAS POR LAS ALMAS DEL PURGATORIO

HE aquí las promesas hechas por Jesús a la hermana Marie Marthe Chambon (1841-1907), una monja humilde consagrada a la Visitación de Santa María y muerta en olor de santidad. Hija de pobres campesinos, en el año 1864 ingresó en el monasterio, donde vivió hasta su muerte; trabajó toda su vida en las tareas domésticas. Después de una visión del crucifijo ensangrentado, se consagró al culto de las Santas Llagas, y desde entonces tuvo impresionantes visiones diarias. En el año 1875 recibió los estigmas.

· *Concederé todo lo que me pidan con la invocación de mis Santas Llagas. Es necesario propagar esta devoción.*

En verdad esta oración no es de la Tierra, sino del Cielo... y puede obtenerlo todo.

· *Mis Santas Llagas sostienen el mundo. Pedidme amarlas constantemente porque son fuente de todas las gracias. Hay que invocarlas con frecuencia y atraer al prójimo para imprimir en sus corazones la devoción hacia las almas.*

· *Cuando tengáis penas que soportar, llevadlas prontamente a mis Llagas y serán mitigadas.*

· *Cerca de los enfermos se debe repetir con frecuencia esta invocación: «Jesús mío, perdón y misericordia, por los méritos de tus Santas Llagas». Esta oración elevará su alma y su cuerpo.*

· *El pecador que diga: «Padre Eterno, yo te ofrezco las Llagas de nuestro Señor Jesucristo, para curar las llagas de nuestras almas», obtendrá la conversión.*

· *Mis Llagas curarán las vuestras.*

· *No habrá muerte para el alma que espere en mis Llagas: ellas dan la verdadera vida.*

· *Por cada palabra del Rosario de la Misericordia, yo dejo caer una gota de mi Sangre sobre el alma de un pecador.*

· *El alma que honre mis Santas Llagas y las ofrezca al padre Eterno por las almas del Purgatorio, será acompañada en el momento de su muerte por la Santísima Virgen y los ángeles; y yo, resplandeciente de gloria, la recibiré para coronarla.*

· *Las Santas Llagas son el tesoro de los tesoros para las almas del Purgatorio.*

· *La devoción a las Santas Llagas es el remedio para los tiempos de iniquidad.*

· *De mis Llagas salen frutos de santidad. Meditándolas encontraréis siempre un nuevo alimento para vuestro amor.*

NO OLVIDEMOS LAS INDULGENCIAS

LA IGLESIA nuestra Madre posee maravillosos tesoros reservados para nosotros, ¡fijémonos en ellos más de cerca!

«A través de las indulgencias, los fieles pueden obtener para ellos mismos y para las almas del Purgatorio la remisión de las penas temporales debidas a sus pecados» (Catecismo de la Iglesia Católica, § 1498).

¿Qué es una indulgencia?

Veamos lo que indica sobre ella el Catecismo de la Iglesia Católica:

«La indulgencia es la remisión ante Dios de la pena temporal debida a los pecados, cuya falta queda borrada; remisión que los fieles bien dispuestos obtienen a través de ciertas condiciones determinadas, por la acción de la Iglesia, la cual, como dispensadora de la redención, distribuye y aplica por su autoridad el tesoro de las satisfacciones de Cristo y de los Santos.

»La indulgencia puede ser parcial o plenaria, según si libera parcialmente o enteramente de la pena temporal debida a los pecados» (§ 1471).

Jesús dio a sus discípulos, y por lo tanto a la Iglesia, el poder de hacer y deshacer. A través de los siglos, de maneras diferentes, la Iglesia ha utilizado este instrumento de misericordia divina para los vivos y los difuntos.

En nuestra época, todo lo que concierne a las indulgencias ha sido revisado por el Papa Pablo VI. Todo esto está en el Manual de las Indulgencias, Reglas y Concesiones, publicado el 29 de junio de 1968 por la Librería Vaticana.

«El objetivo de la Autoridad Eclesiástica para la distribución de las indulgencias, no es solo el de ayudar a los fieles a expiar las penas debidas a los pecados, sino también el de promover los actos de piedad, de penitencia y de caridad, especialmente aquellos que hacen acrecentar la fe y favorecen el bien común.»

«Si los fieles ofrecen las indulgencias para los difuntos, cultivan de manera excelente la caridad y, mientras ellos elevan su espíritu al Cielo, disponen las cosas materiales con mayor prudencia.»

«Aunque estas buenas acciones sean gratuitas, las indulgencias son otorgadas a los vivos y los difuntos solamente con unas condiciones especiales {...} Los fieles deben amar a Dios, odiar el pecado, poner la confianza en los méritos de Cristo y creer firmemente en la gran ayuda que recibimos de los santos [...].»

Después de la reforma litúrgica, toda distinción de días, meses y años fue abolida: las indulgencias se dividen únicamente en plenarias y parciales.

Veamos algunas otras reglas:

«Nadie puede donar a otra persona viva las indulgencias que ha ganado.»

«Las indulgencias parciales o plenarias se pueden ofrecer siempre por los difuntos.»

«Los fieles que utilizan con devoción un objeto religioso (cruz, rosario, escapulario, medalla)

bendecido por un sacerdote, pueden ganar una indulgencia parcial. Si este objeto es bendecido por el papa o por un obispo, los fieles que lo utilicen con devoción pueden obtener la indulgencia plenaria en la solemnidad de los apóstoles Pedro y Pablo, recitando el Credo en su fórmula legítima.»(La importancia de los objetos religiosos bendecidos ha sido recientemente confirmada por el Nuevo Catecismo (§ 476-477; 1159-1162; 2129-2132). Con este propósito citamos el mensaje de Medjugorje del 18 de mayo de 1985: Queridos hijos, hoy os invito a poner en vuestras casas el mayor número posible de objetos bendecidos. Que cada persona lleve encima un objeto bendecido. Bendecid todos los objetos; de este modo Satanás os tentará menos, ya que así tendréis una armadura que os protegerá).

«La indulgencia plenaria se puede ganar una vez por día. La indulgencia parcial, en cambio, se puede obtener varias veces al día, a menos que no haya una indicación contraria.»

«Para ganar la indulgencia plenaria, es necesario no solamente excluir toda afección al pecado, incluso venial, sino también cumplir con los requisitos de la indulgencia y con tres condiciones: la confesión sacramental, la comunión eucarística y la oración por las intenciones del papa.»

Esta última indulgencia consiste en recitar por las intenciones del Papa un Padrenuestro y un Avemaría. De todas maneras, los fieles son libres de rezar cualquier otra oración según su propia devoción.

La nueva reforma otorga tres concesiones:

1. «La indulgencia plenaria se otorga a los fieles que, cumpliendo sus deberes y soportando las adversidades de la vida, elevan con humildad y confianza sus almas hacia Dios, y añaden mentalmente una invocación piadosa.»

2. «La indulgencia parcial se otorga a los fieles que, con fe y misericordia, ponen sus personas o sus bienes al servicio de quienes necesitan ayuda.»

3. «La indulgencia parcial se otorga a los fieles que, con espíritu de penitencia y sacrificio, se privan espontáneamente de una cosa legítima.»

Se puede obtener la indulgencia plenaria por los motivos siguientes:

- *Adoración al Santísimo Sacramento al menos durante media hora.*
- *Recitación del Rosario mariano (con los quince misterios) en la iglesia, en comunidad o en familia.*
- *Participación en el Via Crucis.*
- *Lectura de las Santas Escrituras al menos durante media hora.*
- *Visita de una iglesia desde el 1 de noviembre a mediodía hasta el 2 de noviembre a medianoche, en favor de los difuntos.*
- *Participación en una misa solemne de una primera comunión, de la primera misa de un sacerdote o por el jubileo sacerdotal de 25, 50 o 60 años.*
- *Renovación de las promesas bautismales durante la Vigilia Pascual.*
- *Adoración de la cruz durante la ceremonia solemne del Viernes Santo.*
- *Bendición del papa, incluso si se recibe a través de la radio o la televisión.*

En el momento de la muerte, la Iglesia se muestra particularmente caritativa para otorgar la

indulgencia parcial. La da el sacerdote, ritualmente; y la obtiene el moribundo por un beso en la cruz, pero solamente si durante su vida ha recitado alguna oración.

Si las condiciones indicadas anteriormente (confesión, comunión, oración por el papa, exclusión del pecado) no pueden ser cumplidas enteramente, la indulgencia es solamente parcial. Pero no hay obligación de confesarse o de comulgar el mismo día: puede hacerse durante los días precedentes o los siguientes. Si se tiene la costumbre de confesarse regularmente, se pueden ganar muchas indulgencias plenarias. También se pueden lucrar muchas indulgencias parciales por el rezo de plegarias de la Iglesia, como las siguientes:

- *A ti, Bienaventurado San José*
- *Angel del Señor (Angelus Domini)*
- *Alma de Cristo, santifícame (Anima Christi)*
- *Acto de Comunión Espiritual*
- *Profesión de fe {Credo}*
- *Oficio por los difuntos (.Responso)*
- *Salmo 130 (De Profundis)*
- *Letanías del Nombre de Jesús*
- *Letanías del Sagrado Corazón de Jesús*
- *Letanías de la Preciosísima Sangre*
- *Letanías de la Bienaventurada Virgen María*
- *Letanías de San José*
- *Letanías de los Santos*
- *Magnificat*
- *Acordaos, oh Misericordiosa Virgen María (Memorare)*
- *Salmo 50 (Miserere)*
- *Plegaria por las vocaciones sacerdotales o religiosas*
- *Plegaria por la unidad de los cristianos*
- *El reposo eterno (Responso)*
- *Salve (Salve Regina)*
- *Santiguarse (bien hecho y con piedad)*
- *Adorando el Sacramento (Tantum Ergo)*
- *Te Deum (himno de agradecimiento). Esta indulgencia es plenaria si se recita públicamente el último día del año.*
- *Ven, Espíritu Santo (Veni Creator). Esta indulgencia llega a ser plenaria cuando se recita el último día del año, al igual que durante la solemnidad de Pentecostés.*

Y la anterior no es una lista completa.

Las indulgencias parciales son otorgadas por todo acto concreto de fe, esperanza y caridad en medio de las pruebas que la vida nos da para afrontar, o bien en el cumplimiento de diferentes deberes; todos los actos de caridad hacia nuestro prójimo obtienen también las indulgencias parciales; las prácticas de ayuno y abstinencia realizadas voluntariamente, al igual que todas las

oraciones jaculatorias o los pensamientos espontáneos dirigidos a Dios, a la Virgen María y a la Sagrada Familia. El Manual de las Indulgencias contiene toda una lista.

Dicho Manual es realmente de gran valor. ¡Léelo!

¡Alabado sea el Señor y la Iglesia!